



Catherine Labouré

1806-1876

Hija de la Caridad

Vio a la Virgen Santísima,

Vio a Cristo presente en la Eucaristía, vio el corazón de san Vicente de Paúl... pero sobre todo vivió el Evangelio cada día. Simplemente...

Durante los días que siguen a su muerte, el 31 de diciembre de 1876, la gente se agolpa en torno al ataúd de sor Catalina. Una pobre mujer, en una caja montada sobre ruedas, trae a su hijo de doce años, lisiado desde su nacimiento ; quiere bajarlo a la fosa, y de repente el muchacho se pone de pie. El primer milagro de santa Catalina es para los pobres...

El cuerpo de santa Catalina Labouré se encontró incorrupto en 1933 y fue trasladado a esta Capilla y colocado debajo de la « Virgen del Globo ».

2004



Los carnés de la capilla

español

Santa Catalina en Paris en el siglo XIX



Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa
140 rue du Bac – 75340 Paris Cedex 07
<http://chapellenotredamedelamedaillemiraculeuse.com>

Paciente en las contradicciones

Catalina no se contenta con rezar. Visita los enfermos, socorre los pobres. Dios la llama, pero no sabe ni dónde ni cómo. Una noche hace un sueño misterioso : un viejo sacerdote va avanzando en la iglesia para celebrar la misa ; varias veces vuelve los ojos hacia la joven que después se va a visitar a un enfermo ; cuando el mismo sacerdote la encuentra a la salida, le dice : « *Hija mía, hace Ud bien cuidando a los enfermos. Algún día, vendrá hacia mí. Dios tiene designios sobre Ud ! No lo olvide !* » Catalina se despierta, llena de alegría.

Pero a los 18 años, sigue sin saber leer ni escribir. Consigue que su padre le permita ir a un colegio de Châtillon-sur-Seine dirigido por una prima suya. Un día, yendo a la casa de las Hijas de la Caridad que está cerca, tiene la sorpresa de ver en la pared del locutorio el retrato del sacerdote que había visto en su sueño. « Es nuestro Padre San Vicente de Paúl », le explica una hermana. Catalina comprende : será Hija de la Caridad.

En el colegio, la joven campesina no se siente a gusto en medio de jóvenes de modales más finos que la miran con desprecio. Se quedará en él poco tiempo. Vuelve a Fain donde pone de nuevo manos a la obra.

El 2 de mayo de 1827, día en que es mayor de edad, comunica a su padre su decisión de seguir su vocación. Este se niega rotundamente a eso. Quiere casarla, pero Catalina rechaza los buenos partidos. En la primavera de 1828, Pierre Labouré, cuyo que lleva un restaurante... Después de la negativa, el despedido : una doble herida para Catalina.

Pasa un año muy duro. Por fin su padre se deja ablandar. Vuelve Catalina a Châtillon y, en enero de 1830, esta de postulantía en la casa de las Hijas de la Caridad. El sueño se ha hecho realidad!

Valiente en las adversidades

Sor Catalina, nacida Zoé Labouré, viene al mundo el 2 de mayo de 1806 en un pueblecito de Borgoña, en Francia, Fain-les-Moutiers. De los diez hijos que tendrán Pedro y Magdalena Labouré, unos labradores, es la octava. La muerte de Magdalena, a los 46 años, atige a toda la familia. Llorando, Catalina sube a una silla para besar la imagen de la Virgen María y dice : « Desde entonces, serás mi madre ».

En aquel triste otoño de 1815, Zoé y Tonina, su hermana, dejan la alquería natal para ir a Saint-Rémy, un pueblo vecino, donde las acoge una tía suya. Se siente Catalina doblemente huérfana : la muerte de su madre la aleja también de su padre. Dos años más tarde, Pierre Labouré, cuya hija mayor, María Luisa, se ha ido para ser Hija de la Caridad, requiere la ayuda de las dos niñas, felices de encontrarse de nuevo en la casa familiar. Catalina hace la primera comunión el 25 de enero de 1818. Su fervor es grande. « ! Ya no pertenecía a la tierra, dirá Tonina, estaba toda mística ! »

!Una mística muy realista! A los 12 años ya está hecha el ama de casa. Cumple con calma y capacidad todo lo que tiene que hacer : las comidas para los braceros, el cultivo del huerto, el cuidado del gallinero, del palomar con sus 800 palomas, el ordeño de las vacas, el reparto del forraje ; cada semana cuece el pan, hace la colada, y va al mercado.

Con todos es buena, amable, dulce, tratando siempre de poner paz. Su carácter modesto y grave ha adquirido madurez con las desventuras y las responsabilidades. Cuida mucho a Augusto, su hermano, que ha quedado lisiado después de una caída.

Y cada día, Catalina va a la iglesia para rezar en la capilla de La Virgen restaurada por la familia Labouré. Desde la Revolución, la iglesia no tiene párroco, el sagrario está vacío.

Sencilla ante los favores celestes

Tres días después de su llegada a la Casa Madre de las Hijas de la Caridad, Catalina participa con las otras 110 novicias al traslado solemne del cuerpo de san Vicente desde su capilla (140 *rue du Bac*) hasta la de los Padres de la Misión (95 *rue de Sèvres*).

En aquel domingo 25 de abril, en Notre-Dame, el Nuncio Apostólico celebra una misa pontifical. Una inmensa multitud rodea al arzobispo y a doce obispos ante el relicario de plata. Una procesión solemne va cruzando París ¡Qué alegría le da a Catalina acompañar al sacerdote de su vocación!

Durante la semana siguiente, a menudo Catalina va a rezar en la capilla de San Vicente, y cuando vuelve *rue du Bac* pasa también un rato ante el relicario del corazón del Fundador.

Tres días seguidos, el corazón de san Vicente le aparece como una imagen : primero blanco, señal de paz y de unión ; después rojo, fuego de la caridad que ha de abrasar los corazones en las dos congregaciones ; por fin rojinegro, presagio de las desgracias inminentes que van a caer sobre Francia. Catalina recibe la promesa de que no perecerán estas dos congregaciones.

Confía estas visiones al Padre Aladel, un lazarista. Éste duda de lo que dice, pero cuando ocurren las jornadas revolucionarias de julio acompañadas de violencias, queda perplejo.

Durante todo el tiempo de su Seminario, Catalina ve a Cristo presente en la Hostia « *excepto cuando dudaba* », dice ella. El 6 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, la visión se vuelve negra : « *Nuestro Señor se me apareció como un Rey, con la Cruz en el pecho...De repente, todo se fue al suelo* ». Otra vez se confía Catalina al Padre Aladel, que no le hace caso.

Catalina vio a don Vicente, vio a Nuestro Señor...pero no vio a la Virgen María. Su deseo va a ser cumplido. Van a sucederse tres apariciones : la noche del 18 julio, el 27 de noviembre y un día de diciembre (véase el carné : *El don de la Medalla*).

Humilde en la misión

Catalina encubre su secreto con eficacia. Sin dejar traslucir nada es como, en 1832, recibe la medalla en su comunidad. Felicísima al ver los milagros que acompañan los primeros repartos, no se pone orgullosa por el éxito habiendo sido ella su instrumento. Si consigue desviar la curiosidad, sin embargo sabe defender la autenticidad de las apariciones. Al oír decir : « *Esa hermana pretende haber visto a la Santísima Virgen, puede ser que no haya visto más que un cuadro* ». Catalina contesta con voz firme : « *La hermana que vio a la Santísima Virgen, la vio en carne y hueso, como si fuera Ud y yo* ».

Catalina no olvida su familia. Comparte sus penas y sus alegrías. Cuando muere a solas su padre, en 1844, grande es su pena, pero ¡qué alegría cuando, en 1845, María Luisa vuelve a formar parte de las Hijas de la Caridad! Da ánimo a Tonina, pues para ella se suceden las desgracias. Convierte a su cuñado moribundo, asiste a sus hermanos cuando mueren, se alegra de ver a su sobrina acogida en las Hijas de María, y a su sobrino Felipe ordenado sacerdote en la Congregación de la Misión.

En 1848, de repente, una visión se impone a Catalina : hay que erigir una cruz monumental en París ; se tendrá en gran veneración, y se vendrá de toda Francia y de los países más lejanos, por devoción, en peregrinación, y por curiosidad. Catalina somete su visión al Padre Aladel. Sin éxito. Se siente obligada a ponerlo todo por escrito, y termina su carta diciéndose « *entregada toda al Sagrado Corazón de Jesús y de María* ».

Catalina no está satisfecha. La aparición sigue sin ser conmemorada y, en la capilla, faltan el altar y la imagen de la Virgen del globo. « *Es el martirio de mi vida* » dijo ella. Además no abren la capilla a las peregrinaciones. Eso no se le otorgará sino después de su muerte.

Caritativa en el servicio

El 30 de enero de 1830 se acaba su formación en el seminario. La destinan a la comunidad del Hospicio de Enghien, en Reuilly, un arrabal pobre del sureste de París. La designan para trabajar en la cocina, donde pone manos a la obra con la habilidad que tenía en la alquería o en el restaurante. Su único tormento : le gusta dar largamente, pero la hermana que es la cocinera titular es parsimoniosa. Esto pone a prueba su paciencia. Dos años después es la ropería : lavar, planchar, zurcir.

Después, es atender a los ancianos. Los quiere y la quieren. Firme, sabe como hacerse respetar. Buena hasta con los más desagradables, se priva de sueño para acompañarlos en su agonía, y todos los que vela encuentran la paz. También está en la portería, donde acoge a los pobres a quienes quiere tanto.

El 3 de mayo de 1835, Catalina pronuncia sus votos. Pero algo ensombrece aquel hermoso día : su hermana mayor, María Luisa, tuvo que dejar la Compañía de las Hijas de la Caridad, destrozada por la injusticia de una calumnia.

Está atenta también Catalina a los criados. Visita a una joven de 20 años, empleada en la ropería, que se puso enferma en cuanto llegó, y le trae un edredón y un elixir.

Por fin, es como un remanso de paz para las hermanas recién llegadas. A las principiantas bondadosamente da consejos llenos de experiencia profunda y práctica. Para ellas es una referencia y un recurso siempre disponible.

Presente en todos los frentes, incansable, no mira por su salud. Sin embargo, se hace poco caso de ella, se la tiene en poco. Hasta se la trata de tonta. Pero su fidelidad es total ; defiende la autoridad de su superiora, hasta cuando ésta la trata con aspereza.

Llena de confianza en la tormenta

Durante las jornadas revolucionarias de junio de 1848, la batalla es encarnizada y sangrienta. El este de París se cubre de barricadas. Atroces son las represalias. El hospicio de Reuilly recoge los heridos de los dos campos para curarlos.

En 1870, cuando el desastre de la guerra contra Prusia, París es sitiado. Catalina queda serena. Se cuelga la medalla de las puertas y de las ventanas de la casa convertida en hospital. La escasez se convierte en hambre : se guardan las « golosinas » para los enfermos y los heridos mientras las hermanas no tienen casi nada que comer, sólo algún pedazo de pan negro a veces después de un trabajo agotador. Amaga una guerra civil. Catalina se pone triste : « *¡Dios mío, cuánto sangre, cuántas ruinas !* », pero tiene confianza : « *La Virgen María estará velando, lo guardará todo. No nos harán ningún daño* ». La insurrección se extiende por todo París. Las aceras se cubren de cadáveres, pero no hay víctimas entre las hermanas...

Por la primavera de 1876, Catalina siente cercana su muerte. Habla de ella con calma . « *¿Morir no le da miedo ?* » le dicen. Catalina se extraña : « *¿Por qué temer ir a ver a Nuestro Señor, a su Madre y a san Vicente ?* »

El 31 de diciembre, Catalina recibe la sagrada comunión. En torno a su lecho se rezan las oraciones de los agonizantes, se repite la invocación de la medalla. Su último suspiro es tan suave que apenas si se le oye. Estaban acabando de rezar las letanías de la Inmaculada Concepción...

Desde la mañana del primero de enero, el rumor da lugar a un desfile. Catalina atrae « como una santa ». Sus miembros conservan cierta flexibilidad. El funeral se celebrará el 3 de enero, en la fiesta de santa Genoveva, tan amada por don Vicente.